

Dios murciélago

Diosas culebras

Dios sapo

Cuiviví

De lengua de indios y de pájaros

Antepasados animales

Zorra y demonio

El venerado Venado

Gran Bestia

Mono araguato

Baile del pescado

Baile del tigre

Maéma

Danzas de la serpiente

Casimeyé

Cueti

Akkéi-naterí

Las flautas de las serpientes

Camba

El baile de las Culebras

El baile del Mono

Mono capuchino común

Tití

Mono capuchino pardo

Micos y ternura infantil

Monos barbudos

Monos araguatos

Yakíni

Nupía

Acures

Patos

Ánades

Toreo del caimán

**Sensibilidad indígena
hacia los animales**
**Su pretendida superioridad
cósmica en viajes al
transmundo y transmutaciones**
**La fauna en bailes, juegos,
amansamientos e inicios
de domesticación**



LÁM. 129 The habit of the inland Brazilians, Churchill's Collection of Voyages and Travels..., año 1649, vol. II, pág. 131, colección Biblioteca Nacional, Caracas. REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 131 Azulejo golondrina [*Tersina viridis*] (1y2), Quetzal dorado [*Pharomachus fulgidus*] (3), Cotorra cabeciamarilla [*Amazona barbadensis*] (4). ILUSTRACIONES MERCEDES MADRIZ



LÁM. 130 Mujer de la etnia Sanemá-Yanoama amamantando cachorro. FOTOGRAFÍA BARBARA BRÄNDLI

XIX. *Sensibilidad indígena hacia los animales. Su pretendida superioridad cósmica en viajes al transmundo y transmutaciones. La fauna en bailes, juegos, amansamientos e inicios de domesticación.*

(585)

Citada por STRAUSS, op.cit., págs.157-158.

(586)

Fray Antonio CAULÍN, op.cit., tomo I, págs.153-154.

(587)

Fray Antonio CAULÍN, op.cit., tomo I, págs.152-153.

(588)

STRAUSS, op.cit., pág.194.

(589)

James HILLMAN, *La cultura y el alma animal*, Fundación Polar, 1994. Cita a Joseph Campbell, pág.76.

(590)

GUMILLA, op.cit., pág.295.

- 1 La sensibilidad indígena hacia animales, aves y reptiles fue sumamente expresiva. En ellos se manifestaban creencias de la superioridad cósmica de estas especies, que además les facilitaban la comunicación con el transmundo. En las culturas andinas y del noroccidente se veneraba al **murciélag**, divinidad de la muerte y mensajero al transmundo, representado en figuras hechas de piedra de nefrita, que colocaban bajo la cabeza del difunto. Se han encontrado imágenes que muestran ofrendas al **dios murciélag** en tumbas aborígenes prehispánicas en Quíbor. —
- 2 Similar fue el papel de las **diosas culebras** en las creencias aborígenes andinas, denominándolas **cuat o cua**, con un papel relevante, como lo ha expuesto la antropóloga Jacqueline Clarac de Briceño: «destaca la adopción de forma de culebra que toma la diosa Arca [...] manifestándose gran respeto y temor hacia las culebras de parte de todos los andinos de la zona rural, quienes las llaman a menudo madres de agua» (585). A su vez, en el oriente del país en las religiones indígenas se creía en el papel de la culebra en el viaje al transmundo, en particular entre los palenques: «Todos confiesan la inmortalidad de las almas; mas como no tienen en su Infidelidad noticia de la gloria, ni conocimiento de la culpa, y lugar de la pena, todos están en la inteligencia, de que en separándose las almas de los cuerpos, van á otros lugares muy distintos, donde han de permanecer eternamente en compañía de sus difuntos parientes, que les esperan para gozar allí de sus placeres, y delicias; mas en esto hay entre ellos variedad de opiniones. Unos dicen, que el lugar de sus descanso son unos Conúcos, y heredades, que cultivaron en vida. Otros imaginan, que sus almas van á cierta Laguna al vientre de unas monstruosas Culebras, que se crien en ella, las cuales los transportan á una tierra muy deliciosa, donde han de permanecer en continuados bayles, y embriagueces» (586). —
- 3 De gran importancia fue el papel del **dios sapo** en las religiones aborígenes del oriente del país: «Otros tienen al Sapo por Dios, ó Señor de las aguas; y por eso son tan compasivos con ellos, que recelan mucho el matarlos, aun quando son mandados; y se ha experimentado tenerlos con cautela debajo de una olla, y azotarlos con varillas, quando hay escasez, y falta de lluvias» (587). —
- 4 A su vez, en la sensibilidad indígena hacia las aves, los chaimas veneraban de manera especial a la Cueva del Guácharo: «con cuyos pájaros, al parecer, los piaches practicaban la ornitomanía o predicciones a través de la interpretación del ave y de sus vísceras» (588). —
- 5 Una de las primeras señales en el mundo antiguo occidental del poder chamánico es escuchar el canto de las aves: «el canto como la irrupción de lo invisible, el canto como visión. El animal traduce su presencia a la forma humana por medio del despliegue vocal. Lírica, cantar, melodía, poema» (589). Gumilla nos proporciona invaluables pistas al respecto, al afirmar que los indígenas «están persuadidos de que cada especie de aves habla lengua diferente, y que ellas solas se entienden. Y por esto lo mismo es dar un chillido el pájaro, o un graznido el buitre, y así las otras aves, que luego al punto preguntarle qué es lo que quiere avisarles: *¿Yay fajacaqué?* Esto es: *¿Qué es lo que nos dices?* Por esta misma necia persuasión no dan el nombre a las aves por lo que ellas son, sino por lo que piensan que ellas dicen: Y así no se les pregunta cómo se llama aquella ave, sino *¿Day faácaque cusiduca?* Esto es: *¿Qué es lo que dice este pájaro?* Y les ponen el nombre de lo que les parece que pronuncian las aves; v. gr., al pato le llaman **cuiviví**...» (590). —

- (591)
GILIJ, op. cit., tomo II,
págs. 124-125.
- (592)
Fray Pedro de AGUADO, op. cit.,
tomo II, págs. 16-17.
- (593)
Fray Pedro SIMÓN, op. cit.,
tomo II, pág. 107.
- (594)
Mario SANOJA e Iraida VARGAS,
La cueva de El Elefante, Instituto
de Investigaciones Económicas
y Sociales de la Universidad Central
de Venezuela, Proyecto Orinoco,
Caracas, 1970, pág. 38.
- (595)
Jeannine SUJO, op. cit., págs. 50, 53.
- (596)
GUMILLA, op. cit., págs. 108-109.
- (597)
GUMILLA, op. cit., pág. 109.
- (598)
Antonio MACHADO ALLISON,
Zoología, artículo en *Diccionario
de Historia de Venezuela*,
FUNDACIÓN POLAR, op. cit.,
tomo IV, pág. 336.

- ⁶ Admirable es el testimonio del misionero jesuita Felipe Salvador Gilij acerca de la sensibilidad indígena ante el gorjear de los pájaros: «Piensan los tamanacos, y con ellos los demás, que el canto de los pájaros es un verdadero hablar entre ellos, y en vez de decir, como finalmente dijeron una vez cristianos; —*Arém baké toronó*, esto es, canta el pájaro, solían expresarse así en su gentilismo: —*Caramáne paké toronó*, es decir: habla. Creían también que el canto de los pájaros era una especie de instrucción dada desde lo alto a las gentes. De aquí su temor, y alternativamente su alegría cuando les oían cantar en las florestas» (591). —
- ⁷ Más aún, en la figurada comunicación con el demonio del transmundo los piaches imitaban el gorjeo de los pájaros, como fue transmitido por fray Pedro de Aguado, limitándose a contar el episodio del español escondido que lo escuchó: «entró este ministro a hablar con el demonio, a quien él no pudo ver, y que los oyó hablar el uno con el otro en lengua de indios y de pájaros y en otras formas y maneras que él no pudo entender» (592). También se refiere a ello fray Pedro Simón, coincidiendo en la expresión **de lengua de indios y de pájaros** (593). —
- ⁸ Animales, peces, aves, reptiles, fueron fuente primordial del impulso indígena a realizar arte y exorcismos con sus imágenes en las paredes de abrigos rocosos y cuevas. Al sur de Puerto Ordaz en la cueva de El Elefante, ocupada hasta 1460 d.c., se han ubicado pinturas esquemáticas de lagartos, venados y pájaros, probablemente de uso ceremonial (594). Una manifestación específica de la superioridad cósmica de diversos animales se puede observar en numerosos petroglifos. Las aves se encuentran abundantemente representadas en estaciones rupestres ubicadas en los territorios de los actuales estados Zulia, Bolívar y Barinas. Los mamíferos están representados en estaciones rupestres de los actuales estados Aragua, Barinas, Distrito Capital, Bolívar y Amazonas. Entre ellos destaca la espectacular piedra del tigre en el desembarcadero Cedeño en Caicara. Aún más numerosas son las representaciones de saurios (595). La transculturación fue sumamente rápida, como puede observarse en algunos petroglifos en la zona del Guri. —
- ⁹ Era notable el reconocimiento de algunos animales como antepasados, que los protegían y mantenían el parentesco social. Indígenas de la etnia Sáliva relataban que los caribes descendían de una serpiente horrible que destruía y devoraba las gentes del Orinoco y que había sido muerta por el celeste hijo del Puru. Aquel consuelo le duró poco, «porque luego que se pudrió la serpiente se formaron en sus entrañas unos gusanos tremendos, y que de cada gusano salió finalmente un indio caribe con su mujer; y que como la culebra o serpiente fue tan sangrienta enemiga de todas aquellas naciones, por eso los caribes hijos de ella eran bravos, inhumanos y crueles. Este favor y honra hace la nación Sáliva a la altivez de los caribes» (596). A su vez, los indígenas de la etnia Achagua expresaban «que los caribes son descendientes legítimos de los tigres, y que por eso se portan con la crueldad de sus padres...» (597). —
- ¹⁰ En el mismo sentido de filiación animal de etnias y viceversa, es sugestivo que el académico y reputado zoólogo Antonio Machado Allison señale el papel designado a dos animales acuáticos en la generación mítica de los indios waraos: «La leyenda de la danta y el manatí de los warao es otro ejemplo autóctono. En ella, cada uno de estos animales surge de la migración hacia hábitats diferentes por parte de 2 hermanas waraos: una se dirigió hacia el agua y se convirtió en manatí, y la otra se internó en el bosque y se transformó en danta» (598). —

XIX. *Sensibilidad indígena
hacia los animales.
Su pretendida
superioridad cósmica
en viajes al transmundo
y transmutaciones.
La fauna en bailes, juegos,
amansamientos e inicios
de domesticación.*

(599)

HILLMAN, op. cit., pág. 73.

(600)

GILIJ, op. cit., tomo II, pág. 95.

(601)

Fray Antonio CAULÍN, op. cit.,
tomo I, pág. 165.

(602)

Fray Antonio CAULÍN, op. cit.,
tomo I, pág. 79.

- 11 Ha sido señalado en otras latitudes que el chamán tiene una relación especial con el reino animal: «El chamán cura por medio de las potencias animales, habla directamente con los animales, los asume o se deja asumir por ellos, toma formas animales y a menudo lleva el nombre de un animal» (599). Todos estos signos se dan en los piaches que se reconocían en las diferentes regiones de este territorio que hoy corresponde a Venezuela. En casos relevantes se expresaba en el imaginario indígena la transmutación, lo que fue testimoniado por el misionero Gilij: «Se jactan los piaches [...] de transformarse en tigres y en otros feroces animales, y tanta abundancia de tigres que a veces se ven en la estación lluviosa creen los orinoquenses que son piaches venidos de entre los guamos o bien de los otomacos» (600). A su vez, fray Antonio Caulín plantea el imaginario de la conversión de indígenas brujos del oriente del país en tigres, o perros formidables, que causaban espantos y daños a los hombres, aunque reacciona fuertemente contra esta creencia, insistiendo más bien en alucinaciones colectivas: «que tan engañados están los que lo creen, como los que aseguran, que los tales indios se transforman en Tigre, Perro, ú otro irracional bruto; porque es comun Teología, que al demonio es totalmente imposible la penetración de los cuerpos, y reducción de un hombre á la pequeña dimension de un Perro, y su transformación en Tigre, ú otra bestia. Puede sí enfermar el juicio del fingido brujo, y al mismo tiempo subvertir la vista de los presentes, para que estos vean Tigre al que es realmente hombre, y éste se imagine de la misma suerte. Puede tambien arrebatar al hombre en un instante, y poner en su lugar la fiera, gobernada entonces por el mismo diablo para sus acciones. Puede tambien vestir al hombre con verdadera piel de bestia, ó fiera simulada, ó cubrirlo con un ayre grueso, que le oculte de la vista de los presentes; y de esta misma materia formar al mismo tiempo la figura de Tigre. Perro, ú otro semejante bruto» (601). —
- 12 La pretendida transmutación del animal también alcanzaba al demonio, como se observaba en el caso de la zorra: «Es también animal comun en estos montes, sin distinción de las de Europa en su color, magnitud, y figura. Lllamanla los Indios Iboróco, nombre que dan tambien al Demonio, acaso por ser animal noctambulo, que de ordinario se atraviesa de noche en los caminos, y causa á los Indios algun espanto; ó porque, segun la relacion de algunos, se aparece el Demonio en figura de Zorro á los Piáches, que son los tenidos por Brujos, quando se congregan á llamarle en sus bayles nocturnos, para saber los buenos, ó malos sucesos, y hacer á otros algunos maleficios» (602). —
- 13 Fue notable la sensibilidad aborigen ante el poder del animal en sus actividades bélicas y de cacería. El venado era un animal venerado en las culturas andinas como dios de la guerra. En el oriente del país ha quedado testimoniado el ceremonial de la culminación sagrada de la cacería: «En matando el Indio algun Benado, ó alguno otro animal de monte, luego echan mano á la bebida, que de ordinario llevan consigo, y abriendole la boca, le introducen algunos tragos de ella, para que su alma (que juzgan es como la de los hombres) dé noticia á las demas de su especie el buen recibimiento, que ha tenido, y que los demás que viniesen, participarán de aquel agasajo, y asi se ponen en espera, suponiendo se acercarán sin el menor recelo. Si la caceria es de muchos, y son de Nación Palenques, además de lo dicho, hacen beber á uno de los cazadores, que de ordinario es un viejo, una, ó dos mucuras, ó cantarás de la bebida mas fuerte, y aceda que llevan, hasta que repleto, y fastidiado arroja en

vómito quanto tiene en el estómago; despues salen á pasear el campo, para que su alma (que piensan vá en el aliento) avise á los animales, que alli hay bebida para ellos; para que asi no se alejen, y dén lugar a que lleguen los que sin remedio les quitarán la vida al rigor de una flecha» (603). ─

14 Todos estos ceremoniales estaban encuadrados en el respeto totémico, lo que se expresaba en lo que el misionero franciscano Caulín estimaba la creencia del agüero, que no era más que en no dar muerte a sus tótems: «Reusan mucho matar qualquier animal, no comestible, que no sea nocivo; porque aprehenden, que de este daño se sigue el enfermar, ó morir sus hijos; y si por casualidad así sucede, lo atribuyen al daño del animallejo; y es muy general en ellos este aguero» (604). ─

15 Entre los testimonios prehispánicos del sentimiento del poder de diversos animales, destacan el jaguar, el puma, la danta y el oso. De todos ellos abundan los ejemplos en la literatura misional, sobresaliendo el poder maléfico del jaguar, como lo señala fray Pedro Simón en las comarcas de Haricagua, hoy Acarigua: «o los tigres los habían a las uñas, de que hay abundancia en todos estos llanos. Que no han sido poco estrago de españoles y de indios, tal que se hallaban pueblos destruidos totalmente de ellos» (605). La sola mención de la danta o anta como la **Gran Bestia** ahorra todo comentario. ─

16 Omnipresente estaba el temor indígena al animal o reptil desconocido. Ello está ilustrado en la mayoría de los testimonios misionales. A modo de ejemplo revelador es el imaginario de fray Pedro Simón al respecto: «Críanse en estas provincias todas suertes de animales que en las demás tierras calientes de estas Indias y algunos peregrinos, y que no se hallan en otras, como es uno que suele salir a prima noche y no a otra hora, y viene a las poblaciones, donde llora muy recio como un niño, para engañar la gente, porque si alguno sale a ver quien llora, y lo puede haber a las manos, se lo come. Es del tamaño y hechura de un crecido galgo. Por miedo de éste, cuando salen de noche de sus casas, llevan tizones encendidos» (606). Aterradores resultaban los aullidos del **mono araguato** [*Alouatta seniculus*] al atardecer y al amanecer, cuando las manadas se comunicaban entre sí, confundándose estos aullidos con los de los jaguares. ─

17 Aún más temor se sentía ante la pretendida presencia de devoradoras serpientes acuáticas, como se refieren a un pretendido monstruo en la expedición de Nicolás Federmann en llanos cercanos al Apure, que había despoblado las aldeas indígenas: «Donde queriéndose Fedreman informar de la causa de las ruinas de aquellos pueblezuelos, le preguntó a los indios que habían traído, que dijeron haber sido un fiero animal de diversas cabezas, criado en aquel río, tan bravo y valiente, que iba poco a poco destruyendo la gente de los pueblos, con que fue ocasión que los dejasen y retirasen cerca de aquellas aguas, que él tenía por su ordinaria habitación, y se fuesen ellos a hacerla donde habían visto la tenían y otros a otras partes» (607). ─

18 En este ámbito del peligro animal se debe entender el regocijo de los indígenas ante las luchas de las especies más peligrosas, destacando las ocasionadas entre jaguares y caimanes: «de los tigres se dice que son más feroces que en otras partes, y están tan cebados en los indios, que acontece muchas veces, si no cierran bien las puertas de sus casas, entrarse en ellas a la sorda y coger un indio y llevárselo atravesado en la boca como un gato lleva a un ratón. Suelen acometer también a los caimanes cuando están a la margen de los ríos. Y con reñida guerra, por cierta antipatía que tienen entre sí, viva quien vence» (608). ─

(603)

Fray Antonio CAULÍN, op.cit., tomo I, pág. 154.

(604)

Fray Antonio CAULÍN, op.cit., tomo I, pág. 153.

(605)

Fray Pedro SIMÓN, op.cit., tomo I, pág. 239.

(606)

Fray Pedro SIMÓN, op.cit., tomo II, pág. 109.

(607)

Fray Pedro SIMÓN, op.cit., tomo II, pág. 65.

(608)

Fray Pedro SIMÓN, op.cit., tomo I, pág. 99. Con singular ironía el misionero concluye la cita con lo siguiente: «Y debe ser la enemistad de estos dos tan feroces animales, por serlo ambos tanto; y ese es tu enemigo, el que es de tu oficio».

XIX. *Sensibilidad indígena hacia los animales. Su pretendida superioridad cósmica en viajes al transmundo y transmutaciones. La fauna en bailes, juegos, amansamientos e inicios de domesticación.*



LÁM. 132 Monos, *Voyage à Surinam, et dans l'intérieur de la Guiane*, Chez F. BUISSON, (traducción de P.F. Henry), París, 1799 (An VII de Republic), pág. XIII, colección Biblioteca Nacional, Caracas.

FOTOGRAFÍA MARIANO ALDACA



LÁM. 133 Indígenas capturando un manatí, «Manatí y espadón», S. BELLIN, *Description Geographique de la Guiane*, 1763, págs. 64-65, colección Biblioteca Nacional, Caracas.

REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 134 Fauna guayanesa, S. BELLIN, *Description Geographique de la Guiane*, 1763, págs. 58-59, colección Biblioteca Nacional, Caracas.

REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES

- ¹⁹ La sensibilidad indígena hacia los animales les llevaba a cantar o imitar sus sonidos, e incluso en lenguaje gestual danzar sus movimientos. En el oriente del país tenía mucha importancia el **baile del pescado**: «Otro bayle no tan comun practican en los montes con unas nechuras de Pescado en las manos, en correspondencia de la buena fortuna, que han tenido en sus pesquerías, que hacen en los Rios, y Lagunas, á cuyas aguas tributan del Pescado que cogen; y del mismo modo arrojan cuentas, y abalorios á la tierra, donde siembran, en pago del beneficio, que reciben de sus frutos» ⁽⁶⁰⁹⁾. A su vez, en las enseñanzas de iniciación los jóvenes indígenas caracas danzaban llevando en sus manos figuras de aves y otros animales. Los otomacos practicaban el **baile del tigre**: «El baile llamado por los otomacos **maéma** es todo grave... Toma su nombre del tigre, del que finge defenderse un indio sentado en medio de un círculo. Ocho o diez indios lo bailan cantando graciosamente alrededor, apretados y juntos el uno con el otro. De vez en cuando, pero cuando menos se piensa, como si hubiera venido para llevarse el indio encerrado el tigre, de las cuatro partes del círculo se dirigen otros tantos bailarines con la lanza en la mano hacia los asistentes en actitud de herir de punta» ⁽⁶¹⁰⁾. ─
- ²⁰ Mención especial tenían las **danzas de la serpiente**. Los indígenas avanes la llamaban **casimeyé** y los indígenas maipures la denominaban **cueti**. En este último caso este baile de la serpiente era propio de los hombres y relacionado con los movimientos de una variedad de serpiente, muy temida por las mujeres: «... los maipures creen que las serpientes vienen de vez en cuando a sus aldeas, que traen consigo bebidas y que se divierten en bailar junto con los hombres. Es cosa naturalísima que las mujeres, que en todas las naciones son tímidas y crédulas, se horroricen de tal baile y digan que no lo quieren ver. Y he aquí para los hombres una ocasión, también muy natural, para añadir mentiras a mentiras y decir que tales serpientes se comen a las mujeres» ⁽⁶¹¹⁾. Durante esta danza se tocaban sonidos armoniosos pretendidamente de serpientes y se iban recordando las creencias vinculadas con este ofidio. Todo era bien regado con chicha de moriche que se preparaba ocultamente: «... les agradaba la chicha que dos jóvenes repartían entre los convidados. Esta chicha, que es apreciadísima por los maipures, se hace con el fruto de la palma muriche remojado en agua. Es dulcecilla, y no tiene nada de fuerte. Y para que por el sexo femenino se crea que es un regalo de las serpientes bailarinas es preparada con sumo secreto por los hombres, que son los únicos en beber de ella» ⁽⁶¹²⁾. A su vez, los indígenas tamanacos tenían otro baile denominado **akkéi-naterí**, esto es, **las flautas de las serpientes**, con sonidos horribos realizados «en una ollita en que una mujer, iniciada quizá con las ceremonias superticiosas de los piaches, poniendo dentro una caña, toca de acuerdo con los hombres. Este sonido, que se llama **camba**, es horrible y oscuro. No está permitido a ninguna mujer ver la danza **cueti**. En la tamanaca, excepto aquella de que hemos hablado no interviene ninguna otra, y aquella que entra debe guardar el secreto, para que las otras estén convencidas de que los susodichos sonos son de serpientes» ⁽⁶¹³⁾. ─
- ²¹ Incluso algunos rasgos de estos bailes que expresaban temor y/o empatía hacia la fauna sobreviven en el sentimiento popular contemporáneo, como el **baile de las Culebras** en Ipire, y en el **baile del Mono** en Caicara de Maturín, o en las diversiones orientales con el Carite, el Chiriguare, el Pájaro Guarandol y otras danzas. ─
- ²² Aves y animales fueron compañeros dominantes en la imaginación y en el juego de los niños indígenas. Son numerosas las referencias a la utili-

(609)

Fray Antonio CAULÍN, op.cit., tomo I, pág. 153.

(610)

GILIJ, op.cit., tomo II, pág. 233.

(611)

GILIJ, op.cit., tomo II, pág. 235.

(612)

GILIJ, op.cit., tomo II, pág. 237.

(613)

GILIJ, op.cit., tomo II, pág. 238.

XIX. *Sensibilidad indígena hacia los animales. Su pretendida superioridad cósmica en viajes al transmundo y transmutaciones. La fauna en bailes, juegos, amansamientos e inicios de domesticación.*

(614)

CARVAJAL, op. cit., pág. 430.

(615)

Fray Pedro SIMÓN, op. cit., tomo I, pág. 108.

(616)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 252.

(617)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 252.

(618)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 252.

(619)

O. LINARES, op. cit., pág. 208.
El misionero CAULÍN, op. cit., tomo I, pág. 78, hace mención a la domesticación del acure: «Su carne es comestible, y de tan buen gusto como la del conejo. Cogidos pequeños, se domestican, y mantienen en las casas, comiendo con los gatos al pie de la mesa».

(620)

MÁRTIR DE ANGLERÍA, op. cit., pág. 83.

zación del **mono capuchino común** [*Cebus olivaceus*], del **tití** [*Saimiri sciureus*], del **mono capuchino pardo** [*Cebus apella margaritae*] y otras especies, como mascotas y compañeros en las diversiones infantiles.

La ternura se expresaba, según el padre Carvajal, con la denominación de **micos** que daban los indígenas a sus hijos mientras estaban mamando⁽⁶¹⁴⁾. La observación de los indígenas hacia los **monos barbudos** [*Chiropotes satanas*] y los **monos araguatos** [*Alouatta ursin*] les llevaba a calificar a los indígenas barbudos y a los conquistadores españoles como **monos**: «y al que cría barba, como español, le llaman mono, porque los monos grandes de aquella tierra la traen muy larga»⁽⁶¹⁵⁾. A ellos se agregaban especies amansadas que los adultos llevaban a los indios: «De estos animales convertidos en domésticos hay siempre entre los indios, que los cogen en las selvas o para juguete de sus hijos, o para hacer comercio con otras naciones. Ya hablamos de los periquitos. Añadamos las raras, los papagayos, los quiapocoros y otros pájaros que cogen en sus nidos para criarlos. Añádanse también los cerditos, los ciervos y las dantas pequeñas»⁽⁶¹⁶⁾. La mención a cerditos corresponde a báquiros pequeños. —

²³ Era ardua la labor indígena de amansamiento animal, obteniéndose excelentes resultados. En lenguaje tamanaco se distinguía como **yakíni** al animal manso, mientras que los maipures lo reconocían como **nupía**. Todas las etnias indígenas daban un nombre particular a los animales amansados para distinguirlos de las fieras no amansadas. El misionero Gilij se refirió entusiastamente a los avances del amansamiento por los aborígenes orinoquenses: «Estos animales, amansados por los indios, es increíble qué mansos y manejables se vuelven. Y aunque tenga siempre delante sus antiguas selvas, no vuelven de modo que abandonen el amor a sus amos. Ya hablé de mi pequeña danta. Pero aún son más cariñosos los ciervos, y no es raro el caso de que, habiéndose juntado en su excursión por las selvas con otros de su especie, vuelvan después a la casa conocida, y tranquilamente allí dan a luz sus hijos»⁽⁶¹⁷⁾. —

²⁴ Más complejo era el amansamiento de monos, aunque se lograban éxitos parciales: «Los monos son más feroces, y nunca se amansan hasta tal punto que si les sueltan de sus ataduras no se vuelven enseguida a la selva. Pero estando cerca de sus amos, son muy mansos, especialmente los micos, que parece que hasta comprenden los pensamientos»⁽⁶¹⁸⁾. —

²⁵ Más aún, diversas etnias indígenas domesticaron varias especies de la fauna autóctona. Algunas les servían de alimento y otras de recreación. Relevante en el primer caso fueron los **acures** [*Cavia apera*], lo que ha referido el experto zoólogo Omar Linares: «Los acures fueron una de las primeras especies de mamíferos en ser domesticadas por los indígenas sudamericanos, quienes los utilizaron como fuente importante de alimento y economía [...] Los acures fueron también utilizados en el comercio, transportados por los indígenas a zonas bajas y calurosas, distantes de los lugares en donde originalmente vivían, v. gr. valle de Quíbor, Lara. Esto también trajo como consecuencia el desarrollo y selección de animales con tamaños y coloraciones muy diversas que se venden vivos o cocinados en muchos pueblos andinos»⁽⁶¹⁹⁾. —

²⁶ En la primera expedición española a los litorales que se extienden desde Unare a Puerto Píritu las mujeres indígenas criaban en sus viviendas aves domésticas, que identificaron los europeos como **patos** y **ánades**⁽⁶²⁰⁾. En la Venezuela profunda, en Apure, ello se mantuvo hasta el siglo XVII, incorporándose rápidamente allí la gallina antes del arribo de los españo-

les, como es relatado por Carvajal en 1648. Fue también el caso de la domesticación de algunas especies de loros, guacamayas, perezas, cuchichis y felinos pequeños, como el cunaguaro ⁽⁶²¹⁾. ─

- ²⁷ Los indígenas adultos llevaban sus juegos a emociones fuertes, destacando el denominado **toreo** con el caimán del Orinoco: «...y es fiesta, no de toros, sino de caimanes, digna de verse. Coge el indio el tolete o la estaca con las puntas bien aguzadas; la toma del medio y sale a provocar al caimán, que con más de una vara de boca abierta contra el sol, se está calentando; luego que el caimán ve venir contra sí al indio, le acomete en derechura con la boca abierta...» ⁽⁶²²⁾. Deborda el marco de esta publicación las modalidades de este **toreo del caimán**, que se puede consultar en la obra del misionero jesuita José Gumilla. Sin embargo, no se debe pasar de largo el registro de su admiración ante esta lucha: «Cúbranse de vergüenza los circos y anfiteatros romanos con sus soberbios emperadores, que yo aseguro que jamás vieron espectáculo de semejante valor y destreza; ni lo dicho fuera creíble sino al que lo ha visto; y para que lo crea el que lo leyere es preciso que haga refleja que en él sólo interviene un bárbaro jugando con un bruto» ⁽⁶²³⁾. ─

(621)

Fray Antonio CAULÍN, op. cit.,
tomo I, págs. 73, 76.

(622)

GUMILLA, op. cit., pág. 423.

(623)

GUMILLA, op. cit., pág. 424.